

INTERCESIÓN VERDADERA

**LICENCIA TERRENAL PARA
LA MANIFESTACIÓN DIVINA**



OSVALDO REBOLLEDA

INTERCESIÓN VERDADERA

**LICENCIA TERRENAL PARA
LA MANIFESTACIÓN DIVINA**



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica – **Marcela Recchia**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
El Señor no encontró a nadie.....	8
Capítulo dos:	
Entonces envió a su Hijo.....	13
Capítulo tres:	
El olvido de un privilegio y el descuido de una pasión..	18
Capítulo cuatro:	
Los beneficios legales de una justicia implacable.....	23
Capítulo cinco:	
El alto valor de una intercesión responsable.....	28
Capítulo seis:	
Midiendo el poder de las íntimas intervenciones.....	32
Capítulo siete:	
La efectividad y el poder de una intercesión profética..	37
Capítulo ocho:	
Intercediendo a favor de tu territorio.....	42
Capítulo nueve:	
Intercesión, una llave poderosa para las riquezas.....	47

Capítulo diez:	
Intercesión, la responsabilidad de los libres.....	52
Capítulo once:	
La intercesión Regia y el decreto legal.....	56
Capítulo doce:	
El propósito eterno y la intercesión efectiva.....	61
Capítulo trece:	
¿Cómo debemos Interceder?.....	66
Capítulo catorce:	
Intercesión verdadera es vida verdadera... ..	71
Palabras finales:	
Un llamado al intercesor que despierta.....	75
Reconocimientos.....	78
Sobre el autor.....	80



INTRODUCCIÓN

El acto más grande de intercesión jamás realizado no fue una oración pronunciada con palabras, sino una vida entregada en silencio sobre un madero. La cruz de Cristo fue, y sigue siendo, el clamor más poderoso levantado a favor de la humanidad. Allí, el Hijo de Dios se puso en la brecha entre un Dios santo y una humanidad caída, cargando sobre sí el pecado, la culpa y la condenación de todos. Desde esa intercesión suprema, los que hemos sido alcanzados por la salvación nos convertimos, sin excepción, en deudores de aquellos que aún no han sido redimidos.

Esta verdad nos confronta profundamente. No podemos vivir una fe cómoda mientras el mundo agoniza bajo el dominio del pecado y del engaño. No podemos celebrar puertas adentro ignorando que multitudes mueren sin Cristo. La indiferencia espiritual no es neutralidad: es una forma de silencio frente al clamor de la creación.

Dios nos ha dado autoridad y poder en el Nombre de Jesús para participar activamente en Su obra redentora. La intercesión no es un adorno espiritual ni una práctica opcional reservada para algunos pocos; es una responsabilidad inherente a nuestra identidad como hijos de Dios. Interceder es pararse donde otros no pueden, hablar cuando otros no saben cómo, y clamar cuando el dolor ajeno parece no tener voz.

Durante mucho tiempo creí que los intercesores eran una especie de élite espiritual: personas con una capacidad especial para moverse en dimensiones profundas de oración y guerra espiritual, especialmente en lo territorial. Con el paso de los años, el Señor fue corrigiendo esa percepción. Si bien es cierto que hay creyentes con una carga particular por la oración y una sensibilidad especial para la lucha espiritual, la intercesión en su esencia es una función de todo el Cuerpo de Cristo.

Quizás no todos formemos parte de un equipo formal de intercesión, pero todos estamos llamados a orar con fervor, con entendimiento y con estrategia por nuestra familia, nuestra congregación, nuestra ciudad y nuestra nación. Comprender esto no solo me confrontó, sino que me impulsó a buscar mayores profundidades en la oración y, al mismo tiempo, me permitió ver una gran carencia: la falta de enseñanza clara, bíblica y práctica sobre la intercesión en muchas congregaciones.

Tal vez por eso surgió la necesidad de incluir un módulo específico sobre este tema en la Escuela de Gobierno Espiritual, así como de desarrollar series de enseñanzas dedicadas a la intercesión. Este libro nace de ese mismo anhelo: aportar luz, orden y profundidad a una dimensión espiritual que resulta vital para el avance del Reino de Dios, especialmente en tiempos de creciente oscuridad.

Aprender sobre la intercesión no es adquirir una técnica, sino permitir que Dios forme en nosotros un corazón

sacerdotal. Es aprender a cargar lo que Él carga, a sentir lo que Él siente y a responder con obediencia al llamado de ponernos en la brecha. Una intercesión efectiva y poderosa no surge del esfuerzo humano, sino de una vida alineada con el corazón y los propósitos de Dios.

Te invito a leer este libro en oración. A acercarte a cada página con un corazón humilde y dispuesto, pidiéndole al Señor que te enseñe, te confronte y te transforme. Que no sea solo información la que recibas, sino impartición espiritual.

Oremos juntos:

Padre, gracias te damos en el Nombre de tu Hijo amado Jesucristo, por Tu amor y por Tu misericordia. Gracias por permitirnos tener en nuestras manos un material que nos ayude a conocerte más profundamente y a comprender Tu corazón. Creemos que es Tu voluntad llevarnos a nuevas y mayores dimensiones de revelación, poder y unción en Cristo Jesús. Nos afirmamos en la verdad de que Tu Espíritu Santo nos enseñará todas las cosas y nos recordará todo lo que Tú has hablado. Que la revelación y la sabiduría fluyan con libertad en nuestro espíritu; que nuestra mente y nuestra intuición sean alineadas a Tu verdad. Y que la convicción de Tu Espíritu Santo nos lleve a poner por obra todo lo que aprendamos acerca de la intercesión profética del Nuevo Pacto. Te lo pedimos en el Santo Nombre de Jesucristo. Amén.

Capítulo uno

EL SEÑOR NO ENCONTRÓ A NADIE

Para tratar el tema de la intercesión con el respeto y la profundidad que merece, es necesario comenzar por comprender qué significa realmente interceder y por qué resulta tan urgente profundizar en su verdadero entendimiento. A lo largo del tiempo, la intercesión ha sido asociada casi exclusivamente con la oración intensa o prolongada, pero la Escritura nos muestra que su alcance es mucho más profundo y, al mismo tiempo, mucho más exigente.

Interceder significa ir o pasar entre; actuar entre partes con la intención de reconciliar; interponerse, mediar, rogar por otros, representar a una parte delante de otra. En términos espirituales, implica colocarse en medio de un conflicto que no nos pertenece directamente y asumir una responsabilidad que excede nuestras fuerzas naturales. La intercesión verdadera siempre tiene un costo, porque demanda ocupar un lugar que, por naturaleza, no es cómodo ni seguro.

Sin embargo, cuando recorremos las Escrituras, descubrimos una verdad que desafía muchos de nuestros conceptos tradicionales: no toda intercesión es efectiva. No

todo clamor, por más sincero que sea, logra el resultado esperado. Uno de los pasajes más impactantes en este sentido se encuentra en el libro del profeta Ezequiel, cuando el Señor declara: ***“Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé”*** (Ezequiel 22:30). Dios buscó un intercesor y no lo encontró. No porque no hubiera líderes, profetas o personas religiosas, sino porque nadie podía ocupar legítimamente ese lugar.

La historia bíblica está llena de hombres que se levantaron para interceder por otros, y aun así sus intercesiones no evitaron el juicio ni las consecuencias del pecado. Abraham tuvo la extraordinaria oportunidad de interceder por Sodoma y Gomorra. En **Génesis 18:17 al 32** se nos muestra un diálogo profundo y respetuoso entre Abraham y Dios, donde el patriarca ruega por aquellas ciudades. Sin embargo, a pesar de su cercanía con Dios y de su insistencia, las ciudades fueron destruidas. Aunque solemos afirmar que no había justos en ellas, la realidad es que Abraham no pudo ofrecer algo que detuviera el juicio. Su intercesión fue real, pero insuficiente.

Algo similar ocurrió con Moisés. Su relación con Dios fue única y su rol como intercesor marcó la historia de Israel. En medio del pecado del becerro de oro, Moisés rogó por el pueblo y llegó incluso a ofrecerse a sí mismo, diciendo: ***“Te ruego, pues, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito”*** (Éxodo 32:32). Aunque el pueblo no fue destruido inmediatamente, el juicio no fue

anulado. Dios declaró: ***“Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro”*** (Éxodo 32:33), y la generación rebelde murió en el desierto (Éxodo 32:30 al 35). La intercesión de Moisés pudo contener momentáneamente el castigo, pero no pudo revertir las consecuencias de una rebeldía persistente.

Samuel, por su parte, fue sacerdote, profeta y juez. Amó profundamente a Saúl, a quien había ungido como rey. Cuando Saúl desobedeció deliberadamente la palabra del Señor, Samuel lloró amargamente e intercedió por él. Sin embargo, Dios fue tajante: ***“¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel?”*** (1 Samuel 16:1). En este caso, la intercesión no solo fue ineficaz, sino que llegó a ser un estorbo para el cumplimiento del propósito divino.

El caso de Jeremías resulta aún más confrontante. A pesar de haber sido llamado desde el vientre, santificado y establecido con una autoridad profética extraordinaria (Jeremías 1:4 al 12), Dios le prohibió explícitamente interceder por el pueblo. ***“Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración, ni me ruegues; porque no te oiré”*** (Jeremías 7:16). Más adelante, el Señor reafirma esta orden, declarando que no escucharía ayunos, holocaustos ni ofrendas (Jeremías 11:14 y 15; 14:11 al 14). La idolatría, la hipocresía y la persistencia en el pecado habían alcanzado un punto irreversible. Ni siquiera un profeta genuino podía revertir lo que ya había sido determinado.

No obstante, la Escritura también nos presenta un caso de intercesión efectiva. **Daniel**, en el capítulo **9** de su libro, intercede por Israel con ayuno, confesión y humillación. Su oración fue escuchada no porque él tuviera un mérito especial, sino porque estaba alineada con una palabra profética ya establecida. Jeremías había anunciado que la cautividad duraría setenta años (**Jeremías 29:10**), y Daniel comprendió que su intercesión no era para cambiar el plan de Dios, sino para cooperar con su cumplimiento.

Incluso en el Nuevo Testamento encontramos intercesiones bien intencionadas que no pudieron ser concedidas. La madre de los hijos de Zebedeo pidió a Jesús un lugar de honor para sus hijos en el Reino, pero recibió como respuesta que esa decisión pertenecía exclusivamente al Padre (**Mateo 20:20 al 26**). Pedro, movido por un amor genuino, intentó impedir que Jesús fuera a Jerusalén para sufrir, pero fue reprendido con dureza: ***“No pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”*** (**Mateo 16:22 y 23**). No toda intercesión nace del Espíritu, aunque brote del afecto humano.

Al observar todos estos ejemplos, una verdad comienza a tomar forma con claridad: nadie, antes de la cruz, pudo interceder de manera plenamente efectiva por el pecado de otros. No porque faltara pasión, sinceridad o cercanía con Dios, sino porque no había nada suficiente que ofrecer. No existía un sacrificio perfecto, ni un mediador capaz de ponerse en la brecha de manera definitiva.

Este capítulo no busca desalentar la oración, sino sentar las bases para comprender que la intercesión verdadera solo puede entenderse correctamente a la luz de la obra consumada de Cristo. A lo largo de este libro, muchos de nuestros conceptos tradicionales serán confrontados, ajustados y profundamente transformados, para que aprendamos no solo a interceder, sino a hacerlo conforme al corazón y al diseño eterno de Dios.



Capítulo dos

ENTONCES ENVIÓ A SU HIJO

La caída del hombre no produjo únicamente una ruptura moral; generó una separación profunda en todas las dimensiones de la existencia. El ser humano quedó distanciado de Dios, atrapado bajo el dominio del engaño y sin capacidad real de regresar por sí mismo al diseño original. A partir de ese momento, la humanidad comenzó a necesitar algo que no podía producir por sus propios medios.

Después de la caída, el hombre necesitaba, al menos, tres cosas fundamentales.

En primer lugar, necesitaba a alguien que le diera a conocer nuevamente al Padre. El pecado no solo trajo culpa, sino ignorancia espiritual. El hombre perdió la revelación clara de quién era Dios, cuál era Su voluntad, Su gracia, Su amor y Sus planes. Necesitaba que alguien lo trajera de regreso al conocimiento del Padre, no como información teológica, sino como experiencia viva.

Por eso el profeta Isaías anunció: ***“Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”*** (Isaías

7:14). La encarnación no fue un recurso simbólico ni un gesto poético: fue Dios mismo haciéndose hombre en la persona de Jesucristo. Fue Dios viniendo al encuentro de los hombres, Dios habitando con ellos, Dios revelándose nuevamente.

El evangelio lo expresa con absoluta claridad: ***“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).*** Jesucristo no solo habló acerca de Dios; Él lo mostró. Por eso, cuando Felipe le pidió: ***“Señor, muéstranos el Padre, y nos basta”, Jesús respondió: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:8 y 9).*** Cristo es la revelación visible del Dios invisible, ***“la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15).***

Sin esta revelación, no puede haber intercesión verdadera, porque no se puede interceder correctamente ante un Dios que no se conoce.

En segundo lugar, la humanidad necesitaba a alguien que se interpusiera entre Dios y los hombres para reconciliarlos con Él. No bastaba con conocer al Padre; era necesario volver a Él. El problema del hombre no era solo ignorancia, sino separación. El pecado había levantado un abismo que ninguna obra humana podía cruzar.

Así como la encarnación trajo a Dios hacia los hombres, la resurrección llevó a los hombres ante Dios. Jesucristo no solo murió y resucitó, sino que ascendió, y hoy sigue siendo hombre en la presencia del Padre. Esto es una verdad profundamente transformadora: hay un Hombre glorificado delante de Dios. El Hijo eterno se hizo hombre y no dejó de serlo. Jesucristo es el Hombre ante Dios y el Hombre en Dios.

Esta verdad es vital para comprender la intercesión verdadera. La reconciliación que trae a Dios a los hombres y lleva a los hombres a Dios tiene un nombre: Jesucristo. Por eso la Escritura declara: ***“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5).***

El autor de Hebreos profundiza aún más esta realidad cuando afirma que los sacerdotes del antiguo pacto eran muchos, porque la muerte les impedía permanecer; pero Jesucristo, ***“por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:23 al 25).*** Aquí se revela el corazón de la intercesión verdadera: Cristo no solo intercedió en la cruz; vive eternamente intercediendo.

En tercer lugar, el hombre necesitaba que alguien se interpusiera entre él y Satanás. No solo había separación de Dios, sino esclavitud espiritual. El engañador había ganado autoridad sobre la humanidad caída, y el hombre no tenía

poder para liberarse a sí mismo. Necesitaba que alguien venciera al adversario de manera definitiva.

Esa victoria también fue obtenida por Jesucristo. La Escritura afirma que Dios ***“despojó a los principados y a las potestades, y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”*** (Colosenses 2:15). El poder que operó en Cristo al resucitarlo de los muertos y sentarlo a la diestra del Padre lo colocó ***“sobre todo principado y autoridad y poder y señorío”***, y sometió todas las cosas bajo Sus pies, dándolo por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, que es Su cuerpo (Efesios 1:20 al 23).

Hoy tenemos un enemigo vencido. Sin embargo, las luchas continúan hasta la venida del Señor. Por eso es necesario vivir y operar en la fe, no desde la incertidumbre, sino desde la victoria ya obtenida. La intercesión profética no busca convencer a Dios de actuar, sino provocar en la tierra la manifestación de una voluntad que ya fue establecida en el cielo.

Nuestra intercesión es verdadera y efectiva cuando se nos revela que Cristo vive en nosotros y que nosotros estamos en Él; que habitamos en el Hijo y, por medio del Hijo, estamos delante del Padre; y que el adversario ha sido derrotado. Desde esa posición espiritual, no rogamos desde la carencia, sino que pedimos desde la comunión y la autoridad delegada.

Por eso, la confianza del intercesor no está en su clamor, sino en su alineación con la voluntad divina. ***“Y esta es la confianza que tenemos en Él: que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye; y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”*** (1 Juan 5:14 y 15).

Aquí comienza a revelarse el fundamento de la intercesión verdadera: no es el hombre intentando llegar a Dios, sino el hombre participando, en Cristo, de lo que Dios ya ha determinado.



Capítulo tres

EL OLVIDO DE UN PRIVILEGIO Y EL DESCUIDO DE UNA PASIÓN

Un privilegio es una ventaja exclusiva concedida por el favor de un superior. Una pasión es un impulso profundo, un deseo vehemente que moviliza la vida. Interceder, por su parte, es hablar a favor de alguien para conseguirle un bien o librarlo de un mal. Cuando unimos estos conceptos, comenzamos a comprender la magnitud de lo que muchas veces tratamos con ligereza.

El poder interceder por personas y circunstancias ante el Trono del único y verdadero Dios es un privilegio extraordinario. Sin embargo, en nuestros tiempos, este privilegio ha sido descuidado y, junto con él, se ha apagado la pasión que debería impulsarlo. La intercesión se ha vuelto, en muchos casos, una práctica mecánica, carente del fuego del amor y de la perseverancia de la fe.

Orar no es repetir palabras; orar es soltar la voz de la fe. Donde no hay fe, no hay verdadera oración, solo discurso religioso. La intercesión auténtica no nace de la incredulidad ni del hábito, sino de una convicción profunda del corazón que sabe delante de Quién está y desde dónde habla.

La intercesión no es un ministerio exclusivo de algunos creyentes especialmente dotados; es una función espiritual inherente a todos los hijos de Dios. La Escritura declara: ***“Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos”*** (Salmo 34:15). Dios no solo ve; Dios escucha. Sus oídos están inclinados hacia la oración de los justos.

Esto no es una figura poética, sino una realidad espiritual. El salmista lo expresa con claridad: ***“El que hizo el oído, ¿no oirá? El que formó el ojo, ¿no verá?”*** (Salmo 94:9). Cuando clamamos, no lo hacemos al vacío. Oramos a un Dios vivo, atento, presente.

David comprendía esta realidad cuando decía: ***“Jehová, a ti he clamado; apresúrate a mí; escucha mi voz cuando te invocare. Suba mi oración delante de ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde”*** (Salmo 141:1 y 2). Si la oración es como incienso, entonces debe ser encendida. El incienso no sube solo; requiere fuego, tiempo, cuidado y dedicación. No se puede orar con descuido, ni hablar delante de Dios como quien habla con cualquiera. Orar es un acto santo que nos eleva a la presencia del Padre.

Aquí es donde la cruz adquiere un valor central e ineludible. Antes de la cruz, el acceso a Dios estaba restringido; después de la cruz, fue abierto de manera definitiva. El autor de Hebreos nos recuerda que tenemos ***“un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo***

de Dios” y nos exhorta a retener nuestra confesión, porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse, sino uno que fue tentado en todo, pero sin pecado. Por eso nos invita: ***“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”*** (Hebreos 4:14 al 16).

La cruz es el lugar donde se resolvió para siempre el problema del acceso. Allí cayó el velo. Allí terminó el temor paralizante. Allí comenzó el privilegio de acercarnos al Padre escondidos en Cristo Jesús. Dios sigue siendo absolutamente santo y poderoso, pero hoy no nos acercamos por méritos propios, sino en el Hijo. Esta cercanía, sin embargo, no anula la necesidad de una vida consagrada; la profundiza.

En Cristo vivimos, nos movemos y somos, como afirmó Pablo en Atenas: ***“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos”*** (Hechos 17:28). Esta no es una expresión mística abstracta, sino una posición espiritual real. Jesús es nuestro Sumo Sacerdote, y nosotros, en Él, hemos sido hechos sacerdotes para Dios el Padre. Intercedemos no desde afuera, sino desde adentro del diseño redentor.

Cuando comprendemos esto, comenzamos a entender qué ocurre en el cielo cuando intercedemos. El libro de Apocalipsis nos permite correr el velo y ver la dimensión celestial de nuestras oraciones. Juan declara: ***“Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas y copas de oro llenas de incienso, que***

son las oraciones de los santos” (Apocalipsis 5:8). El incienso no representa ideas abstractas; son oraciones reales, elevadas desde la tierra.

Más adelante, el apóstol describe cómo *“otro ángel vino y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos... y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos” (Apocalipsis 8:3 y 4).* Luego el incensario es lleno con el fuego del altar y arrojado a la tierra, produciendo truenos, voces, relámpagos y terremoto (**Apocalipsis 8:5**).

Aquí se revela un principio espiritual profundo: las oraciones que suben correctamente, descienden con poder. El incienso de nuestras oraciones, unido al incienso celestial, la intercesión viva de Cristo, y encendido con el fuego del altar, produce intervención divina. Todo lo que sube debe bajar; por eso, lo esencial de nuestra intercesión no es solo hablar, sino asegurarnos de que nuestras oraciones realmente asciendan.

En el contexto de Apocalipsis, la respuesta fue violenta porque se trataba de un tiempo de juicio. Hoy, las respuestas descienden conforme a la necesidad: salvación, sanidad, libertad, restauración, dirección. Pero el principio es el mismo. La cruz sigue siendo el altar desde el cual nuestras oraciones son encendidas, y Cristo sigue siendo el Intercesor eterno que las presenta delante del Padre.

Recuperar la intercesión es recuperar un privilegio, pero también reavivar una pasión. Sin amor, la intercesión se enfría. Sin revelación, se vuelve rutina. Pero cuando comprendemos lo que la cruz abrió y desde dónde hoy intercedemos, la oración deja de ser un deber y vuelve a ser un acto vivo de comunión, fe y autoridad espiritual.



Capítulo cuatro

LOS BENEFICIOS LEGALES DE UNA JUSTICIA IMPLACABLE

Interceder es hablar a favor de alguien para conseguirle un bien o librarlo de un mal. Juzgar, en cambio, es una función reservada a quien tiene autoridad y potestad para evaluar una causa y emitir una sentencia justa. Nuestro Padre celestial, en Sus múltiples y eternas cualidades, no solo es amor, misericordia y gracia; también es Juez. Y como Juez, gobierna conforme a una justicia perfecta, inalterable e ineludible.

Dios no actúa de manera caprichosa. Él puede extender misericordia y perdón, pero nunca lo hará violando Su propia justicia. Como todo juez íntegro, jamás torcerá la ley para favorecer emocionalmente a una de las partes. Cuando la justicia funciona correctamente, se vuelve peligrosa para los transgresores, pero profundamente beneficiosa para los justos. En cambio, cuando la justicia es ignorada o anulada, los justos resultan perjudicados y los transgresores se benefician.

Esta verdad nos confronta con la manera en que muchas veces oramos. La intercesión bíblica no es un intento de conmover sentimentalmente a Dios, sino una presentación

consciente de una causa delante de un Juez justo. Por eso el Señor declara: ***“Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados. Hazme recordar, entremos en juicio juntamente; habla tú para justificarte”*** (Isaías 43:25 y 26). Dios mismo nos invita a presentarnos delante de Él en un contexto legal. No porque Él necesite información, sino porque desea que entendamos desde dónde intercedemos.

El Padre convoca a Sus hijos a comparecer ante Su tribunal. Jesucristo es nuestro abogado, el único que puede representarnos con legitimidad. Nosotros no rogamos para torcer un fallo, sino para pasar del juicio a la misericordia mediante una causa sustentada en la justicia de Cristo. Cuando caminamos en legalidad espiritual, nos conviene que la justicia funcione, porque siempre nos favorecerá. Pero cuando persistimos en la transgresión, esa misma justicia que protege a los justos se vuelve en nuestra contra.

Es fundamental comprender que el Juez eterno es absolutamente fiel a Su propia legalidad. Él no claudica jamás. Esta verdad quedó demostrada de manera irreversible en la cruz. Cuando Jesucristo decidió hacerse cargo de nuestras transgresiones, que merecían la pena de muerte, no recibió un perdón gratuito ni simbólico. La justicia exigió el cumplimiento total de la sentencia. El Hijo pagó el precio completo. La cruz no fue un gesto de amor sin costo; fue la máxima expresión de una justicia satisfecha.

Jesús ilustró esta realidad mediante la parábola de la viuda y el juez injusto, enseñando a Sus discípulos ***“la necesidad de orar siempre, y no desmayar”*** (Lucas 18:1 al 8). La viuda se presenta delante de un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. Era pobre, indefensa y oprimida por un adversario. Según la ley, el juez tenía la obligación de protegerla, como lo establece la Escritura: ***“Haced juicio y justicia... no oprimáis al extranjero, ni al huérfano ni a la viuda”*** (Jeremías 22:3). Sin embargo, el juez ignoró su causa durante mucho tiempo.

La dificultad de la viuda no estaba en la falta de derecho, sino en la indiferencia del juez. Él conocía su deber, pero postergaba la justicia. No fue movido por compasión ni por temor a Dios, sino por la persistencia de aquella mujer que no dejó de presentarse delante de él. Finalmente, decidió hacerle justicia para librarse de su insistencia.

Jesús llama la atención de Sus discípulos diciendo: ***“Oíd lo que dijo el juez injusto”***. No porque ese juez represente a Dios, sino para mostrar el contraste. Si un juez corrupto puede ser movido por la persistencia, ¿cuánto más un Dios justo, íntegro y fiel a Su palabra? ***“¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Se tardará en responderles?”*** (Lucas 18:7 y 8). La pregunta final de Jesús es profundamente reveladora: ***“Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”***. No habla de volumen de oración, sino de fe perseverante que entiende el carácter del Juez.

Hoy vivimos en tiempos donde la maldad y la injusticia se manifiestan con mayor claridad que nunca. Por eso necesitamos la revelación de estar delante de un Juez justo y poderoso, que puede actuar legalmente a favor de Su pueblo, de nuestras casas, de nuestras ciudades y de nuestra tierra.

El profeta Isaías describe un escenario estremecedor: ***“El derecho se retiró, y la justicia se puso lejos... y lo vio Jehová, y desagradó a Sus ojos, porque pereció el derecho. Y vio que no había hombre, y se maravilló que no hubiera quien se interpusiese”*** (Isaías 59:14 al 16). Dios observó la corrupción generalizada y el colapso de la justicia, y vio que no había nadie capaz de ponerse en la brecha. Entonces, Él mismo actuó: ***“Lo salvó Su brazo, y le afirmó Su misma justicia”*** (Isaías 59:16 al 18).

Este pasaje revela el dolor de Dios ante la ausencia de intercesores legítimos. Pero también revela Su respuesta: Él mismo se interpuso enviando a Su Hijo. Jesucristo se colocó en la brecha definitiva. No para anular la justicia, sino para cumplirla. No para justificar el pecado, sino para cargar con su consecuencia. De esta manera, la misericordia pudo manifestarse, no gratuitamente, sino al altísimo costo de la muerte del Hijo.

Muchas de nuestras oraciones no alcanzan el Trono porque no se levantan desde este entendimiento. No buscamos justicia con el fervor de la viuda, no tocamos al Señor con la fe de la mujer del flujo de sangre, ni nos

acercamos con una adoración sacerdotal, santa y reverente. Hemos olvidado que Dios sigue siendo Juez y fuego consumidor, y que la intercesión verdadera opera dentro de Su legalidad, no al margen de ella.

Comprender esto transforma radicalmente nuestra manera de orar. Ya no intercedemos como mendigos inseguros, sino como hijos que entienden la justicia, confían en el Abogado y se presentan delante del Juez con una causa sustentada en la obra perfecta de la cruz.



Capítulo cinco

EL ALTO VALOR DE UNA INTERCESIÓN RESPONSABLE

La Escritura nos revela que la creación entera se encuentra en un estado de tensión y expectativa. El apóstol Pablo afirma con claridad que *“las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”*, y que la creación misma gime aguardando la manifestación de los hijos de Dios (**Romanos 8:18 al 25**). No se trata de un lenguaje poético exagerado, sino de una descripción espiritual de la condición de la tierra después de la caída.

Desde el principio, la tierra fue creada en un estado de aflicción, desordenada y vacía. Dios la ordenó por medio de Su palabra y luego colocó al hombre, representado en Adán, para mediar a favor de ella y a favor del diseño divino. Adán fue establecido como representante de Dios en la tierra, llamado a hablar y actuar conforme a Su voluntad. Al mismo tiempo, fue puesto como representante de la tierra y de la creación delante de Dios. Su tarea era abogar por ambas partes.

Abogar implica interceder, hablar y actuar a favor de otro. En ese sentido, Adán fue el primer abogado espiritual.

Sin embargo, falló. Tomó una decisión motivada por el interés propio y no por la fidelidad al Dios que lo había establecido. Al comer del fruto, se preocupó más por sí mismo que por Dios y más por sí mismo que por la tierra que debía cuidar. Su inoperancia devolvió a la creación a un estado de aflicción y silenció la voz del gobierno divino en la tierra.

Aquí se establece un principio ineludible: la intercesión nunca admite al intercesor en primer lugar. Un abogado que se preocupa más por su beneficio personal que por la causa que representa no solo es inútil, sino peligroso. Arruina el caso y perjudica a las partes. Por eso Jesús enseñó que *“si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”* (Juan 12:24). La intercesión verdadera siempre pasa por la muerte del yo.

Este mismo principio aparece cuando Jesús declara que quien no toma su cruz y renuncia a todo lo que posee no puede ser Su discípulo (**Lucas 14:27 al 33**). La intercesión responsable no es improvisada ni liviana; exige cálculo, entrega y renuncia. No se puede representar una causa eterna con una vida centrada en intereses temporales.

Otro principio fundamental es que la intercesión es la voz de los representados. Un abogado que no habla no cumple su función. El silencio en la corte es complicidad. De la misma manera, Dios estableció al hombre como voz de la tierra delante del cielo y como voz del cielo para establecer justicia en la tierra. Por eso Jesucristo habló como

representante del Padre, afirmando: ***“El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que lo envió, éste es verdadero”*** (Juan 7:18).

Jesús no habló para defender intereses personales, sino para expresar fielmente la voluntad del Padre. De la misma manera, Él habló delante del Padre en representación nuestra. ***“Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”*** (1 Juan 2:1). La justicia del abogado es esencial. Un abogado injusto jamás podrá sostener una causa justa. Por eso la intercesión lejos de la boca de un justo nunca será efectiva.

Mientras Adán caminó en justicia y legalidad, la tierra permaneció en paz y producción. Cuando pecó, quedó fuera de circuito, y la injusticia afectó tanto al cielo como a la tierra. Jesucristo, en cambio, vino en justicia y permaneció en ella hasta el fin. Por eso Su intercesión fue, y sigue siendo, absolutamente eficaz. A más de dos mil años de Su obra, continúa sacando a hombres y mujeres de la aflicción, liberando a los cautivos y manteniendo vigente la voz del Padre en la tierra.

La intercesión fue la tarea original de Adán, fue la misión perfecta de Cristo y hoy es nuestra responsabilidad. El primer abogado fracasó por impericia y mala administración, representando mal a ambas partes. El segundo Abogado, Jesucristo, ganó el caso de manera irreversible, restaurando el gobierno del Padre y liberando a la humanidad de la condenación. Pero Su obra no anuló nuestra participación; la habilitó.

Cristo reabrió el caso, lo ganó y nos devolvió la capacidad legal de representar el Reino. Ahora, la tarea es nuestra: establecer la justicia del Padre en la tierra y cooperar con la liberación de una creación que todavía gime. Por eso el apóstol Pablo declara que el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad, intercediendo por nosotros conforme a la voluntad de Dios, con gemidos indecibles (**Romanos 8:26 y 27**).

Aquí se revela el altísimo valor de una intercesión responsable. No intercedemos desde la improvisación, sino desde una posición restaurada. No hablamos desde la carne, sino desde el Espíritu. No defendemos intereses personales, sino una causa eterna. La creación espera, Dios escucha y el Espíritu intercede. La pregunta que queda abierta no es si la intercesión funciona, sino si habrá hijos dispuestos a asumir con responsabilidad el lugar que les fue devuelto.



Capítulo seis

MIDIENDO EL PODER DE LAS ÍNTIMAS INTERVENCIONES

Intervenir significa interceder o mediar a favor de alguien. Sin embargo, no toda intervención tiene el mismo peso espiritual ni produce los mismos resultados. A lo largo de este libro hemos procurado establecer una verdad fundamental: el poder de la intercesión no se mide por el volumen de palabras, sino por la legitimidad de quien interviene y por la posición desde la cual lo hace.

En el primer capítulo quedó demostrado que no hubo hombre alguno capaz de interceder eficientemente delante del Señor por ninguna causa definitiva. El profeta Isaías lo expresa con claridad cuando declara que Dios ***“vio que no había hombre, y se maravilló que no hubiera quien se interpusiese”*** (Isaías 59:16). La ausencia no era de clamor, sino de legitimidad.

En el segundo capítulo afirmamos que el único Hombre capaz de interceder efectivamente es Jesucristo, y que Él sigue siendo hombre. ***“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”*** (1 Timoteo 2:5). Esta verdad es central: la intercesión verdadera no descansa en la humanidad caída

intentando alcanzar a Dios, sino en un Hombre glorificado que permanece delante del Padre.

A la luz de esto, resulta profundamente revelador volver al relato de **Génesis 18**, donde Abraham intercede por Sodoma y Gomorra. Aunque ya hemos mencionado la limitación de su intercesión, este pasaje nos permite observar algo de enorme valor: Dios invita a Abraham a participar de las deliberaciones del Reino. No se trata de una oración improvisada, sino de una conversación íntima, consciente y profundamente respetuosa.

El texto nos dice que Abraham *“estaba aún delante de Jehová”* (**Génesis 18:22**). Esta frase es clave. Abraham no habló desde lejos, ni desde el temor, ni desde la ignorancia. Habló desde la cercanía. Dios mismo se pregunta si debe encubrir a Abraham lo que va a hacer, y la respuesta implícita es no, porque Abraham no solo era depositario de promesas, sino un hombre que caminaría en justicia y juicio, instruyendo a su casa y a su descendencia (**Génesis 18:17 al 19**).

Hay al menos tres razones por las cuales Abraham pudo intervenir. Primero, porque Dios le había entregado la tierra. Segundo, porque tenía intimidad con el Señor y era Su amigo fiel. Tercero, porque Dios quería usar esa experiencia como enseñanza para su familia y para toda su descendencia. La intercesión de Abraham no fue un accidente espiritual; fue una escuela de fe.

Dios no solo permitió que Abraham intercediera, sino que lo buscó. Abraham se acercó y habló mirando al Señor. Aunque el lenguaje de Dios puede parecer sobrio y firme, la Escritura revela que Él se deleita en la oración de los rectos. ***“La oración de los rectos es su gozo” (Proverbios 15:8).*** Dios concedió una y otra vez, hasta que Abraham dejó de pedir. El límite no estuvo en la disposición de Dios, sino en la evidencia irrefutable del pecado de Sodoma.

El juicio era justo y merecido, pero aun así Dios determinó salvar a los pocos justos que pudieran encontrarse. Este principio permanece vigente: la justicia delante de Dios siempre trae bendición, aun en medio de contextos corruptos y hostiles.

Con Abraham, el Señor nos mostró el camino de la intercesión y de la fe en la época patriarcal. Más adelante, en la ley, nos enseñó cuán difícil era acceder a Su fuego santo y a Su justicia temible. Hoy, en cambio, vivimos bajo la justicia del Nuevo Pacto en Cristo Jesús. Los beneficios de la gracia son incomparables, extraordinarios, y deben ser valorados en su justa medida. Pero gracia no significa liviandad. Dios sigue siendo el Santo de Israel.

Aquí es donde la intercesión de Abraham encuentra su cumplimiento perfecto en Cristo. Abraham intercedió para salvar a algunos justos, porque no tenía nada que ofrecer por los injustos. Jesucristo, en cambio, murió en lugar de todos los injustos. El juicio que merecían todas las Sodomas de la

historia cayó sobre Él. Y al resucitar al tercer día, abrió la posibilidad de vida nueva para todo aquel que crea.

Abraham intercedió por los justos; Cristo se ofreció por los injustos. Abraham negoció misericordia limitada; Cristo estableció redención eterna. Por eso Jesucristo es el intercesor perfecto y absolutamente efectivo. Todo lo que pide, lo pide desde una obra ya consumada.

El apóstol Juan fue testigo de la cruz. Vio morir al Hijo de Dios y escuchó Sus palabras finales: “***¡Consumado es!***” (**Juan 19:30**). Esta expresión no significa simplemente “he terminado”, sino “está completa, perfecta y definitivamente hecha”. Toda la obra redentora fue finalizada. El Hijo dio Su informe al Padre en voz audible para la humanidad y regresó habiendo cumplido plenamente Su voluntad.

En la cruz fue pagada toda la deuda. Cada pecado, cada culpa, cada condena acumulada a lo largo de la historia fue cancelada. Nuestro Sustituto pagó el rescate completo, hasta el último centavo. No hay nada que agregar al sacrificio expiatorio de Jesucristo. Por eso la Escritura declara con autoridad: “***Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús***” (**Romanos 8:1**).

No hay condenación porque el juicio ya fue ejecutado. Cristo bebió cada gota de nuestra condena. Murió por nosotros cuando aún éramos débiles (**Romanos 5:6**), cuando todavía éramos pecadores (**Romanos 5:8**), y por Él somos salvos de la ira de Dios (**Romanos 5:9**).

Esta es la medida de nuestras íntimas intervenciones. No intercedemos para producir algo que aún no existe, sino para aplicar, proclamar y manifestar una obra ya consumada. Intercedemos no desde la duda, sino desde la victoria. No desde la distancia, sino desde la comunión. No desde la inseguridad, sino desde la certeza de que el caso fue ganado.

Por eso intercedemos hoy por los que todavía no han visto ni creído esta gloriosa verdad. Porque la creación sigue gimiendo, los hombres siguen cargando condenaciones innecesarias, y Dios sigue buscando hijos que comprendan el valor, la autoridad y la responsabilidad de una intercesión íntima, consciente y plenamente alineada con la cruz.



Capítulo siete

LA EFECTIVIDAD Y EL PODER DE UNA INTERCESIÓN PROFÉTICA

Para comprender correctamente la naturaleza y el alcance de la intercesión profética, es indispensable volver una vez más a la Palabra de Dios, que es el fundamento de todo conocimiento espiritual genuino. La intercesión profética no se apoya en emociones desbordadas ni en activismo religioso, sino en discernimiento, obediencia y acción alineada con los tiempos y propósitos de Dios.

El relato de **1 Samuel 25** nos presenta un escenario cargado de tensión espiritual, donde convergen tres figuras que, leídas a la luz del Nuevo Pacto, revelan un principio profundo sobre la intercesión eficaz. La muerte de Samuel marca el cierre de una etapa profética visible en Israel, y David, ya ungido rey, pero aún no entronizado, se encuentra en un tiempo de transición, persecución e injusticia. En ese contexto aparece Nabal, un hombre muy rico, pero espiritualmente necio, y Abigail, una mujer de buen entendimiento y hermoso espíritu.

Nabal, cuyo nombre significa necio, representa al mundo: autosuficiente, insensato, lleno de bienes materiales pero carente de sabiduría espiritual. Aunque descendía de

Caleb, heredero de promesas y conquistas, no supo administrar su herencia ni ejercer mayordomía. Despreció a los mensajeros de David y deshonoró al ungido del Señor, preguntando con soberbia: “¿*Quién es David?*”. Esta actitud es tristemente similar a la del faraón frente a Moisés o a la de muchos en tiempos de Jesús: “¿*No es este el hijo del carpintero?*”. El mundo continúa rechazando a los enviados de Dios y menospreciando la autoridad del Rey.

David, por su parte, aparece en esta historia como figura del Rey legítimo. Envía mensajeros en paz, con palabras correctas y recordando los beneficios que Nabal había recibido sin darse cuenta. David había protegido sus bienes, sus pastores y su hacienda, pero al ser despreciado, decide actuar conforme a justicia. Su determinación de destruir la casa de Nabal no surge de un capricho, sino de una afrenta grave y reiterada. Así también el mundo recibe innumerables beneficios de Dios y, aun así, responde con burla, desprecio e indiferencia, acumulando juicio sobre sí mismo.

En medio de este conflicto aparece Abigail, cuyo nombre significa “el gozo de mi padre”. Ella representa de manera extraordinaria a la Iglesia profética e intercesora. Su presencia cambia el curso de la historia. Abigail escucha el clamor de los afligidos, discierne el peligro inminente y decide actuar con rapidez, sabiduría y generosidad. No discute con Nabal, no intenta convencer al necio, sino que se dirige directamente al rey.

Aquí se revela una verdad fundamental de la intercesión profética: no se negocia con la necesidad, se interviene delante del Rey.

Abigail se presenta con ofrendas abundantes, símbolos claros de honra, reconocimiento y paz. La intercesión profética siempre implica entrega, sacrificio y adoración genuina. No hay intercesión efectiva sin una disposición generosa del corazón. Ella se postra, reconoce la insensatez de su marido y asume la responsabilidad delante de David, diciendo en esencia: ***“Sobre mí sea el pecado”***. Su clamor recuerda las palabras de Jesús: ***“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”***.

Abigail no niega la culpa de Nabal, pero apela al propósito superior de David. Le recuerda su llamado, su futuro reinado, su responsabilidad delante de Dios y las consecuencias de derramar sangre innecesaria. Su intercesión no es emocional, es profética. Habla desde la revelación, no desde el temor. Por eso David reconoce que Dios mismo la envió para impedir que actuara por impulso y para preservarlo de una culpa futura.

La intercesión profética no solo salva a los culpables; también protege al ungido de decisiones que podrían desviarlo del propósito eterno.

Abigail reconoce que no vio a los jóvenes enviados por David. Esta confesión es profundamente simbólica. Representa a una Iglesia que muchas veces no supo

reconocer a los enviados de Dios ni escuchar la voz profética a tiempo. Sin embargo, cuando escuchó el clamor de los afligidos, cambió su posición. Pasó de la ignorancia a la acción, de la pasividad a la intercesión. Hoy la Iglesia está viviendo ese mismo proceso: está escuchando el dolor del mundo y comenzando a asumir su rol intercesor con mayor madurez.

El resultado de la intercesión de Abigail fue contundente. Los siervos de Nabal fueron salvados de una muerte segura. El juicio fue detenido. David bendijo a Dios, reconoció la sabiduría de Abigail y decidió no ejecutar la venganza. Días después, Dios mismo juzgó a Nabal, quien murió en su necedad, embriagado en su propio pecado. El juicio que David estaba dispuesto a ejecutar fue administrado soberanamente por Dios, en Su tiempo y de Su manera.

Abigail, luego de interceder, volvió a su casa. No reclamó recompensa inmediata, no exigió reconocimiento, no se apresuró a ocupar un lugar que aún no le correspondía. Esperó hasta que fue llamada para convertirse en esposa del rey. Este detalle es profundamente profético. La Iglesia intercesora no se adelanta, no usurpa, no se exalta a sí misma. Intercede, vuelve a su lugar y espera el llamado del Rey.

La intercesión profética es efectiva porque conoce los tiempos, entiende los propósitos y actúa con obediencia. No busca protagonismo, sino preservar vidas, detener juicios innecesarios y honrar al Rey. Así como Abigail fue enviada al encuentro de David, la Iglesia fue conocida, escogida y

proyectada por Cristo como Su futura esposa. Su rol hoy es interceder con sabiduría, actuar con fe y esperar con fidelidad.

Este capítulo nos recuerda que la intercesión profética no es gritar más fuerte, sino discernir mejor; no es hacer ruido espiritual, sino hablar la palabra correcta en el momento correcto; no es huir del mundo, sino ponerse en la brecha para que la justicia y la misericordia se encuentren.

Aquí se manifiesta el poder de una intercesión verdaderamente profética.



Capítulo ocho

INTERCEDIENDO A FAVOR DE TU TERRITORIO

Todo lo que Dios nos ha prometido ya nos pertenece en el plano espiritual. Sin embargo, no todo lo prometido se manifiesta automáticamente en la experiencia. Entre la promesa y la posesión existe un espacio donde la intercesión se vuelve necesaria. Interceder a favor de la liberación de aquello que Dios ya nos otorgó no es un acto de atrevimiento, sino un derecho legal establecido por la palabra divina.

Después de la muerte de Josué, el pueblo de Israel se encontró frente a una realidad desafiante. La tierra había sido prometida, pero no estaba completamente poseída. Todavía había enemigos ocupando territorios que legítimamente pertenecían al pueblo de Dios.

Frente a esa situación, los hijos de Israel no actuaron con pasividad ni resignación espiritual; consultaron a Jehová. ***“¿Quién de nosotros subirá primero a pelear contra los cananeos?” (Jueces 1:1).*** Esta pregunta revela un principio fundamental: la intercesión territorial comienza reconociendo que la promesa existe, pero que debe ser activada conforme al orden de Dios.

La respuesta divina fue clara: Judá subiría primero. Judá significa alabanza (**Génesis 29:35**). Esto no es un detalle menor ni una coincidencia. Dios estableció un orden espiritual: la alabanza abre el camino para la intervención divina. Sin alabanza, la intercesión pierde su fuerza, porque deja de operar desde la fe y comienza a hacerlo desde la queja o la ansiedad.

Judá no fue solo. Invitó a Simeón, cuyo nombre significa “Jehová oyó” (**Génesis 29:33**). Judá y Simeón descendieron juntos al campo de batalla. El mensaje es profundamente revelador: cuando la alabanza asciende, Dios escucha. La alabanza abre el oído del cielo y activa la respuesta divina en la tierra. Allí donde Judá alaba, Simeón confirma que Dios oye.

El territorio en disputa incluía Bezec, una región cercana a Jerusalén, a unos diecinueve kilómetros. Esa tierra estaba dentro del diseño de Dios para Su pueblo, aunque todavía estaba ocupada por un enemigo. Bezec no era una tierra neutral; era una tierra prometida. Por eso hubo conflicto. Siempre que hay promesa, habrá resistencia. Siempre que Dios ha determinado posesión, habrá oposición.

Adoni-Bezec, cuyo nombre significa “señor de Bezec”, se oponía porque se consideraba dueño de un territorio que no le pertenecía. Llevaba mucho tiempo gobernándolo y había construido su autoridad sobre la opresión. Sin embargo, el tiempo de su dominio había terminado, porque Dios había determinado otra cosa.

Aquí se establece un principio clave: el objetivo de la intercesión es poseer las promesas y expulsar al enemigo. No se puede interceder eficazmente pidiendo lo que no ha sido otorgado por Dios. La intercesión persigue el propósito divino, no los caprichos humanos. Israel no peleó por ambición, sino por herencia.

Cuando el pueblo atrapó a Adoni-Bezec, actuó de una manera inusual. Le cortaron los pulgares de las manos y de los pies. No fue un acto de crueldad sin sentido, sino una acción estratégica y simbólica. Al cortarle los pulgares de las manos, lo incapacitaron para volver a tomar lo que no le pertenecía. No podría empuñar armas ni apropiarse nuevamente de territorios ajenos. Al cortarle los pulgares de los pies, le quitaron estabilidad, avance y firmeza. Lo dejaron sin capacidad de conquista.

El enemigo fue desarmado y desactivado. No solo fue derrotado; fue impedido de volver a levantarse.

Adoni-Bezec reconoció algo estremecedor: ***“Como yo hice, así me ha pagado Dios” (Jueces 1:7)***. Él mismo había humillado a setenta reyes, haciéndolos comer migajas debajo de su mesa. Su dominio se había sostenido sobre la miseria ajena. Esta escena nos recuerda a la mujer sirofenicia, que habló de las migajas que caen de la mesa (**Mateo 15:21 al 28**), pero con una diferencia crucial: ella apeló a la misericordia; Adoni-Bezec había ejercido crueldad. La justicia divina lo alcanzó.

La intercesión territorial no solo busca victoria momentánea, sino desactivación permanente del dominio ilegítimo. Cuando el enemigo pierde autoridad, pierde también su capacidad de recuperación.

Este principio se reafirma en el **Salmo 149**, donde la alabanza aparece nuevamente como arma espiritual. La Escritura declara que la alabanza en la congregación de los santos está unida a la ejecución del juicio decretado. No se trata de violencia carnal, sino de autoridad espiritual ejercida conforme a la voluntad de Dios. La alabanza no es evasión; es confrontación espiritual. Es declarar quién es el verdadero Rey del territorio.

Cuando el pueblo alaba, Dios se complace. Cuando los santos se regocijan, el gobierno espiritual se manifiesta. Cuando la alabanza asciende, el enemigo es aprisionado, despojado y limitado. La gloria de Dios se expresa cuando Su pueblo ejerce autoridad con humildad, fe y obediencia.

Interceder a favor de nuestro territorio es reconocer que Dios ya habló, que la promesa ya fue dada y que la ocupación ilegítima debe terminar. No se trata de reclamar lo que no es nuestro, sino de recuperar lo que fue otorgado por gracia. La intercesión territorial no es arrogancia espiritual; es responsabilidad de hijos que conocen la herencia que les fue confiada.

Por eso, la alabanza precede a la conquista. Dios escucha cuando Su pueblo alaba, y el enemigo es despojado,

desarmado y desactivado para que no vuelva a enseñorearse de lo que jamás le perteneció.



Capítulo nueve

INTERCESIÓN, UNA LLAVE PODEROSA PARA LAS RIQUEZAS

La palabra riquezas no se limita a la posesión de bienes materiales. En su sentido más amplio, habla de abundancia: abundancia de recursos, de provisión, de capacidades, de dones, de atributos excelentes y de todo aquello que Dios ha determinado para bendecir y edificar la vida del hombre. En este sentido, las riquezas no son un fin en sí mismas, sino una manifestación del gobierno de Dios operando a favor de Su propósito.

Desde el comienzo de la historia bíblica, vemos que las riquezas siempre estuvieron asociadas a una puerta abierta entre el cielo y la tierra. En la época patriarcal, esta verdad se revela de manera clara en la experiencia de Jacob, cuando huía de Esaú.

En medio de su vulnerabilidad, Dios le concede una revelación extraordinaria: ***“He aquí una escalera apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella”*** (Génesis 28:12 al 15). Esa escalera no era un adorno simbólico, sino una puerta de acceso espiritual.

Jacob ve una conexión activa entre el cielo y la tierra, y escucha promesas de territorio, descendencia, expansión y bendición para todas las familias de la tierra. Lo notable es que esta revelación ocurre en un momento de huida y debilidad. La puerta del cielo se abre no por mérito humano, sino por propósito divino. Allí aprendemos que las riquezas del Reino siempre descienden desde una dimensión espiritual antes de manifestarse en lo natural.

Durante el período de la ley, Dios institucionalizó ese acceso mediante el tabernáculo. Ordenó a Moisés que lo construyera conforme al modelo celestial que le fue mostrado (**Éxodo 25:9**). Esto nos revela que lo que ocurría en la tierra tenía un correlato en el cielo. El tabernáculo no producía la presencia de Dios; la honraba y la canalizaba. Allí el Señor determinó manifestarse, descender y hablar con Su pueblo desde el propiciatorio (**Éxodo 25:22**).

El tabernáculo, y luego el templo, funcionaron como puntos de encuentro donde el cielo se abría sobre la tierra. Allí descendía revelación, dirección, provisión y gobierno. Sin embargo, ese acceso era limitado, condicionado y reservado a pocos. La puerta existía, pero no estaba plenamente abierta.

Con la llegada de Jesucristo, esa realidad cambió para siempre. Al morir en la cruz y resucitar, Jesús se presentó delante del Padre con Su propia sangre en el tabernáculo celestial, y fue aceptado. De ese modo, dejó abierto el camino de acceso de manera definitiva. Por eso declaró con

autoridad: ***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6).***

No es casual que las puertas del tabernáculo fueran llamadas simbólicamente camino, verdad y vida. Jesús no solo atravesó esas puertas; Él se convirtió en ellas. Por eso también dijo: ***“Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos” (Juan 10:9).*** Entrar y salir habla de acceso continuo, de provisión constante, de libertad bajo gobierno divino.

Cuando Jesús anuncia la edificación de Su Iglesia, introduce un nuevo elemento: las llaves. ***“A ti te daré las llaves del reino de los cielos” (Mateo 16:18 y 19).*** Las llaves no son símbolos decorativos; representan autoridad delegada. La Iglesia no es la puerta, pero posee las llaves. Cristo abre la puerta; la Iglesia administra el acceso conforme a Su voluntad.

Este principio se profundiza cuando Jesús advierte que no todas las puertas conducen a vida. Hay puertas anchas y caminos espaciosos que llevan a perdición, y puertas estrechas que conducen a vida (**Mateo 7:13 y 14**). La intercesión responsable discierne qué puertas deben abrirse y cuáles deben permanecer cerradas.

La iglesia de Filadelfia recibe una palabra reveladora: Cristo se presenta como el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre. A esa iglesia le dice que ha puesto delante de ella una puerta abierta que nadie

puede cerrar (**Apocalipsis 3:7 y 8**). ¿Por qué? Porque guardó Su Palabra y no negó Su Nombre. Aquí se establece una ley espiritual inalterable: la fidelidad sostiene la apertura de las puertas.

Cuando funcionamos en el Espíritu, las puertas del cielo se abren para revelación y poder. Juan lo experimenta claramente cuando dice: ***“He aquí una puerta abierta en el cielo... y al instante yo estaba en el Espíritu”*** (**Apocalipsis 4:1 y 2**). No fue la curiosidad lo que abrió la puerta, sino la posición espiritual.

Todo lo que llega a nuestra vida primero descende por la puerta celestial. Las riquezas del Reino, recursos, provisión, oportunidades, salvación, influencia, tienen origen espiritual antes de manifestarse en lo natural. Por eso Isaías profetiza: ***“Tus puertas estarán de continuo abiertas... para que a ti sean traídas las riquezas de las naciones”*** (**Isaías 60:11**). Las riquezas no fuerzan la puerta; entran por una puerta abierta por Dios.

Aquí es necesario un cuidado pastoral profundo. La puerta puede cerrarse. Jesús advierte a las vírgenes insensatas que llegaron tarde: la puerta ya estaba cerrada (**Mateo 25:10**). No fue falta de invitación, sino falta de preparación. Del mismo modo, Dios reprende a los ministros que tratan Su altar con liviandad y cierran puertas espirituales por negligencia (**Malaquías 1:10**).

La intercesión es una llave poderosa, pero debe ser usada con temor, discernimiento y responsabilidad. No abre puertas para satisfacer la carne, sino para manifestar el Reino. No persigue riquezas para exaltación personal, sino recursos para cumplir propósitos eternos.

Cuando la Iglesia intercede correctamente, las puertas del cielo permanecen abiertas. Cuando guarda la Palabra y honra el Nombre, la provisión fluye. Cuando vive en el Espíritu, la revelación desciende. Y cuando usa bien las llaves que le fueron confiadas, las riquezas del Reino, en todas sus dimensiones, llegan para bendecir, restaurar y glorificar a Dios.



Capítulo diez

INTERCESIÓN, LA RESPONSABILIDAD DE LOS LIBRES

El relato del becerro de oro expone con crudeza una de las tensiones más profundas en la relación entre Dios y Su pueblo: la justicia inquebrantable del Juez eterno frente a la inmadurez de un pueblo recién liberado. Israel había salido de Egipto, pero Egipto todavía no había salido de Israel. Esa diferencia marcaría el contraste entre un intercesor eficaz y una multitud incapaz de sostener la libertad que había recibido.

Cuando Moisés tarda en descender del monte, el pueblo entra en ansiedad, confusión y presión emocional. En lugar de esperar, reclamar o confiar, buscan reemplazar la ausencia de liderazgo espiritual con idolatría visible. El becerro de oro no fue solo un error doctrinal; fue la manifestación de una mentalidad esclava que necesitaba algo tangible para adorar, algo que pudiera controlar.

Dios reacciona con justicia. Declara que el pueblo se ha corrompido y expresa Su intención de destruirlo y comenzar de nuevo con Moisés (**Éxodo 32:1 al 10**). Este

pasaje revela que Dios no negocia Su santidad. Su justicia no se adapta a la debilidad humana ni se diluye por presión emocional. La Palabra de Dios está por encima de todo, incluso por encima de cualquier expectativa humana sobre Él.

Sin embargo, en medio de este escenario aparece la intercesión madura de Moisés. Moisés no discute la culpa del pueblo; no minimiza el pecado ni lo justifica. Su intercesión no se basa en lástima, sino en promesas previas, en la reputación del Nombre de Dios y en la fidelidad del pacto. Apela a lo que Dios ya había dicho, a lo que había jurado a Abraham, Isaac e Israel, y al testimonio que los egipcios y las naciones tenían del poder divino (**Éxodo 32:11 al 14; Números 14:11 al 20**).

Dios escucha a Moisés. El juicio total es detenido, aunque no anulado por completo. Tres mil hombres mueren. Esto nos enseña una verdad esencial: la intercesión puede detener la destrucción total, pero no siempre elimina todas las consecuencias. La justicia sigue su curso, aunque la misericordia modere su alcance.

Aquí surge una pregunta inevitable: ¿por qué un pueblo tan pecador pudo tener un intercesor tan efectivo? ¿Por qué Moisés y el pueblo, saliendo del mismo Egipto, reaccionan de maneras tan distintas? La respuesta está en la mentalidad. Moisés tenía mente de libre. El pueblo tenía mente de esclavo.

El esclavo se queja permanentemente. Vive reaccionando, no gobernando. El libre, en cambio, no se limita a lamentarse; asume responsabilidad y cambia la situación. El esclavo funciona bajo presión externa; el libre funciona bajo revelación interna. El esclavo actúa por miedo; el libre actúa por convicción.

La intercesión verdadera no nace de una mentalidad esclava. Un intercesor libre no llega al trono llorando descontroladamente ni reclamando como víctima. Se sienta, espiritualmente hablando, en la mesa de las negociaciones del Reino. Habla con fundamento, con entendimiento del pacto y con responsabilidad.

La irresponsabilidad nunca es privada. Puede comenzar como una actitud personal, pero inevitablemente afecta a otros. Del mismo modo, la mala administración espiritual nunca queda confinada al individuo; siempre tiene consecuencias colectivas. Moisés entendía esto. Por eso asumía la carga del pueblo delante de Dios, aun cuando el pueblo no comprendía la magnitud de su error.

Este principio se reafirma en la parábola de los talentos (**Mateo 25:14 al 30**). El señor confía sus bienes a sus siervos y se va. No todos reciben lo mismo, pero todos reciben algo. La diferencia no está en la cantidad, sino en la responsabilidad. Dos de los siervos negocian, administran y multiplican. El tercero, dominado por el miedo y una imagen distorsionada de su señor, entierra el talento.

El siervo negligente no fue castigado por perder, sino por no asumir responsabilidad. Su problema no fue la falta de recursos, sino la falta de libertad interior para actuar. El señor lo llama malo y negligente, no pobre ni incapaz. La libertad siempre exige administración; la gracia siempre demanda respuesta.

La intercesión funciona bajo el mismo principio. Dios confía causas, personas, territorios y generaciones a intercesores libres. No espera pasividad ni temor, sino acción responsable. El intercesor libre entiende que la autoridad recibida debe ser ejercida, no enterrada. Sabe que rendirá cuentas y actúa en consecuencia.

Por eso, la intercesión no es el refugio de los inseguros ni el desahogo de los frustrados. Es la responsabilidad de los libres. De aquellos que conocen a Dios, confían en Su carácter, honran Su justicia y se comprometen con Su propósito. El libertador responsable puede tardar, puede enfrentar resistencia, pero siempre alcanzará el resultado, porque camina alineado con la voluntad eterna.

La intercesión madura no pregunta si Dios puede actuar; sabe que Él puede. La pregunta verdadera es si habrá hombres y mujeres libres dispuestos a asumir el peso de esa libertad delante del trono.



Capítulo once

LA INTERCESIÓN REGIA Y EL DECRETO LEGAL

La profecía de **Isaías 35** no describe solamente un tiempo de restauración futura; revela una dinámica espiritual que se activa cuando el gobierno de Dios es establecido a través de intercesores maduros. Allí se nos exhorta a fortalecer las manos cansadas, afirmar las rodillas endebles y hablar palabras de ánimo a los de corazón apocado.

No es un llamado a la pasividad, sino a la acción espiritual consciente. Dios viene con retribución, con pago, con salvación, y cuando Él actúa, la creación responde: los ciegos ven, los sordos oyen, el cojo salta y el desierto se transforma en manantial.

Esta palabra profética fue entregada como dirección concreta para una congregación, pero su alcance es mayor. Nos enseña que hay un camino preparado por Dios, un Camino de Santidad, por el cual solo pueden transitar los redimidos. El inmundo puede intentar imitar, falsificar o camuflarse, pero no puede caminar por ese camino.

El enemigo siempre ha sido imitador, nunca creador. En Egipto pudo copiar señales hasta cierto punto, pero llegó

un momento en que quedó expuesto. Así también ocurrirá en este tiempo: la unción genuina dejará en evidencia toda falsificación.

La intercesión regia cumple tres funciones fundamentales: saca a la luz al verdadero enemigo, destruye sus planes y establece la victoria mediante decretos legales. No actúa desde la improvisación, sino desde la revelación y la autoridad delegada.

El libro de Ester es una de las expresiones más claras de este tipo de intercesión. Allí encontramos un escenario legal, político y espiritual donde la vida de todo un pueblo está amenazada por un decreto firmado con autoridad real. Amán, figura del adversario, utiliza el anillo del rey para establecer un edicto de muerte. El enemigo siempre opera por legalidad; jamás actúa sin buscar respaldo jurídico, aunque sea a través del engaño.

Mardoqueo, figura del Espíritu Santo, es quien revela la amenaza, despierta la conciencia y llama a la acción. No entra al palacio, pero mueve todo desde fuera. El Espíritu siempre revela, exhorta y confronta, pero es la Iglesia quien debe entrar a la presencia del Rey.

Ester representa a la Iglesia intercesora. Ella es reina, tiene acceso, identidad y posición, pero también enfrenta un riesgo real. Sabe que no puede entrar a la presencia del rey sin ser llamada, porque la ley lo prohíbe. Sin embargo, también sabe que callar sería traición a su propósito. Aquí

aparece una de las frases más determinantes de toda la Escritura: “*¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?*” (Ester 4:14). La intercesión regia siempre está ligada al tiempo correcto.

Ester no actúa con desesperación ni con impulsividad. Convoca ayuno, se alinea espiritualmente y luego entra vestida con su ropa real. No entra como víctima, entra como reina. El rey extiende el cetro de oro, figura clara de Jesucristo como mediador, y Ester halla gracia.

Es notable que Ester no pide inmediatamente la anulación del decreto. Primero invita al rey a un banquete. La intercesión regia entiende que el corazón del Rey se gana con honra, comunión y deleite. El banquete es figura de adoración, de intimidad, de relación profunda. El enemigo también es invitado, pero eso no lo fortalece; simplemente lo expone. El adversario puede sentarse a la mesa, pero jamás gobernar desde ella.

Cuando llega el momento oportuno, Ester expone la causa. No exagera, no manipula, no dramatiza. Presenta una causa justa delante de un rey justo. El enemigo queda al descubierto y es juzgado. Amán muere en la horca que él mismo había preparado. Este es un principio eterno: los planes del enemigo siempre terminan volviéndose contra él.

Sin embargo, el punto más profundo de este relato no es solo la caída de Amán, sino lo que ocurre después. El rey no revoca el decreto anterior, porque un edicto sellado con el

anillo real no puede ser anulado. La legalidad no se negocia, ni siquiera por misericordia. En lugar de anularlo, el rey entrega el anillo a Mardoqueo para que se escriba un nuevo decreto que habilite la defensa legal del pueblo.

Esto es revelador. Dios no actúa fuera de Su propia legalidad. No viola Sus principios, los cumple. El decreto de muerte no fue borrado, pero fue superado por un decreto de vida. La autoridad superior no cancela la ley anterior; establece una ley mayor.

Así funciona la intercesión regia. No ruega que el enemigo deje de actuar; decreta el derecho de defensa, establece cobertura legal y activa el gobierno del Reino. El resultado es gozo, honra, luz y expansión. Incluso muchos de los pueblos de la tierra se convierten, porque el temor del pueblo de Dios cae sobre ellos.

Hoy sabemos que el enemigo ha decretado fracaso, condenación y muerte espiritual contra los hijos de Dios. Pero también sabemos que Jesucristo venció en la cruz, anuló los decretos que nos eran contrarios y despojó a principados y potestades. La victoria ya fue obtenida, pero debe ser aplicada legalmente.

La Iglesia no está llamada a mendigar misericordia como esclava, sino a interceder como esposa. Cuando honra al Rey, cuando lo invita a la mesa, cuando actúa desde su identidad y no desde el miedo, el cielo responde. El Rey

siempre actúa con justicia, pero jamás niega gracia a Su amada.

“La intercesión regia no grita; decreta.

No se arrastra; se presenta.

No improvisa; discierne los tiempos.”

Y todo lo que expresa ante la presencia del Rey, con reverencia y pasión, encuentra respuesta, porque no habla una extraña, sino la esposa escogida por amor y para toda la eternidad.



Capítulo doce

EL PROPÓSITO ETERNO Y LA INTERCESIÓN EFECTIVA

Desde el principio, Dios creó al hombre con un propósito claro y definido. Lo hizo a Su imagen y semejanza, le otorgó libre albedrío y le delegó autoridad para gobernar la tierra conforme a Su voluntad.

El hombre no fue creado para sobrevivir ni para improvisar su existencia, sino para expresar en acciones visibles el gobierno invisible del Reino de los cielos. Sin embargo, ese primer hombre falló y perdió la capacidad de administrar correctamente la autoridad que le había sido confiada.

A lo largo de la historia, Dios procuró restaurar ese propósito sin jamás renunciar a Su diseño original. Levantó un pueblo de sacerdotes y gente santa para que representara Su voluntad delante de todas las naciones (**Éxodo 19:6**), pero ese pueblo también falló.

Luego separó una tribu, la de Leví, para ejercer el sacerdocio a favor del resto, pero aun allí hubo infidelidad y desviación. Más tarde levantó profetas para llamar al pueblo y a los sacerdotes al arrepentimiento y a la obediencia, con el

fin de volver a encaminar la historia hacia Su propósito eterno, pero tampoco fueron escuchados.

Entonces Dios hizo lo que solo Él podía hacer: envió a Su Hijo amado. No para improvisar una solución de emergencia, sino para cumplir aquello que había sido decretado desde la eternidad. Dios no cambia Su Palabra. Puede tardar, puede atravesar procesos largos, pero jamás renuncia a Su propósito.

Por esa razón, Jesucristo debía venir como hombre: para restaurar el gobierno humano conforme a la voluntad divina. Y a diferencia de todos los anteriores, Él no falló. Cumplió perfectamente cada mandato del Padre.

En Jesucristo se revela la esencia de la intercesión verdadera. Él mismo declaró: ***“He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”*** (Juan 6:38). Aquí encontramos una de las claves más poderosas de toda intercesión efectiva: alinearse con la voluntad y el propósito del Padre. La intercesión no consiste en convencer a Dios de hacer lo que nosotros deseamos, sino en permitir que Su voluntad se manifieste en la tierra a través de nosotros.

Jesús caminó en la voluntad del Padre, no en Sus deseos, emociones o caprichos humanos. Por eso se negó a Sí mismo y nos enseñó a hacer lo mismo. Él no actuaba por iniciativa propia, sino que hacía únicamente lo que veía hacer al Padre. Veía, oía, obedecía y actuaba. Esa alineación

produjo poder sobrenatural, autoridad para juzgar con justicia y capacidad para impartir vida, tal como Adán lo había hecho antes de la caída (**Juan 5:19 al 30**).

Jesús fue plenamente el Hijo de Dios y plenamente el Hijo del Hombre. En Él se restauró la naturaleza humana conforme al diseño original. Por eso, cuando la Escritura declara que *“si alguno está en Cristo, nueva criatura es”* (**2 Corintios 5:17**), no está hablando solo de un cambio moral, sino de una nueva naturaleza capacitada para vivir conforme al propósito eterno.

Jesús fue claro al confrontar a quienes no podían oír Su palabra: el que es de Dios oye las palabras de Dios y las pone por obra (**Juan 8:42 al 47**). No se trata solo de escuchar, sino de obedecer. Por eso también afirmó que su verdadera familia no estaba definida por vínculos naturales, sino por hacer la voluntad del Padre (**Mateo 12:50**).

La oración modelo que Jesús enseñó resume esta verdad de manera perfecta: *“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”* (**Mateo 6:10**). La intercesión efectiva no busca imponer la tierra al cielo, sino traer el cielo a la tierra.

En este contexto, una palabra clave fue entregada a la congregación, recordándonos que las obras que Jesús hizo, y aun mayores, serían posibles si caminamos en la misma alineación que Él caminó (**Juan 14:10 al 14**). Cuando algo

no funciona en nuestra intercesión, la pregunta no es si Dios falló, sino si estamos pidiendo conforme a Su voluntad.

El apóstol Juan lo expresa con claridad: si pedimos conforme a Su voluntad, Él nos oye; y si nos oye, tenemos las peticiones que le hayamos hecho (**1 Juan 5:13 al 20**). La confianza no está en el pedido, sino en la alineación. La intercesión pierde efectividad cuando nace del deseo humano y no del propósito eterno.

Santiago es aún más directo al afirmar que muchas veces no recibimos porque pedimos mal, movidos por pasiones y deseos personales (**Santiago 4:1 al 3**). Por eso la intercesión centrada en el yo está destinada al fracaso espiritual.

Aquí surge una enseñanza práctica y profundamente pastoral: lo que escuches primero determinará lo que harás después. Escuchar la voz de Dios antes que cualquier otra voz es la clave para una vida de fe firme y una intercesión efectiva.

Escucha Su voz antes de atender las necesidades más urgentes de tu familia; Su voz producirá la fe necesaria para suplirlas. Escucha Su voz antes de recibir un diagnóstico que quiera sembrar incredulidad. Escucha Su voz antes de permitir que otros definan tu identidad, tu llamado o tu futuro. Escucha Su voz antes de aceptar críticas que buscan romper tu enfoque.

Escucha Su voz antes de invertir tu tiempo, tu dinero o tu entusiasmo; Él es Señor de todo lo que te fue dado. Escucha Su voz antes de hacer cambios trascendentales en tu vida o en tu ministerio. Las ideas no son mandamientos. Las opiniones no son dirección divina. La voz de Dios es la que establece el rumbo correcto.

Cuando aprendemos a escuchar primero al Padre, nuestra actitud cambia. La fe reemplaza al temor, la esperanza vence al desaliento y la intercesión deja de ser un esfuerzo agotador para convertirse en una cooperación gozosa con el propósito eterno.

Por eso, la intercesión efectiva no nace de la urgencia humana, sino de la comunión divina. No se sostiene en la necesidad, sino en la obediencia. No busca resultados inmediatos, sino cumplimiento eterno.

***“Reconócelo en todos tus caminos,
Y él enderezará tus veredas.”***

Proverbios 3:6



Capítulo trece

¿CÓMO DEBEMOS INTERCEDER?

En este último capítulo no pretendemos agregar complejidad a la intercesión, sino todo lo contrario: buscamos ordenar, aclarar y simplificar su práctica. Todo lo que aquí se expone surge tanto de enseñanzas de hombres de Dios que han enriquecido la comprensión de la intercesión a lo largo del tiempo, como de experiencias personales que han confirmado estos principios en la vida real.

La intercesión verdadera no necesita dramatismo ni ritualismo. Necesita corazón alineado, espíritu sensible y obediencia práctica.

La manera en que nos expresamos delante del Señor puede variar, porque Dios no está limitado por formas externas. Podemos hacerlo en alabanza y adoración, cuando reconocemos quién es Él antes de presentar cualquier causa.

Podemos hacerlo por medio de Su Palabra, confesando lo que Él ya dijo y afirmándonos en Sus promesas. También podemos hacerlo con ruegos y súplicas, cuando la carga es intensa y el corazón clama con gemidos profundos, como lo expresa Hebreos al hablar de Cristo.

Hay momentos en los que el Espíritu nos conduce a orar en lenguas, cuando el entendimiento natural no alcanza. Otras veces, las palabras sencillas y honestas son suficientes. Incluso el silencio tiene un lugar sagrado en la intercesión, porque callar delante de Dios es también una forma de rendición. En todos los casos, la intercesión verdadera nace siempre de un corazón sincero.

La posición corporal tampoco determina la efectividad de la oración. La Escritura nos muestra intercesores orando de rodillas, sentados, postrados, caminando, con las manos alzadas o con todo su ser quebrantado delante de Dios.

Pedro oró de rodillas por Tabita; David se sentó delante del Señor; Moisés se inclinó hasta el suelo; Jesús habló de pie ante la higuera; Salomón levantó sus manos; Eliseo caminó en la habitación; Josué se postró por la derrota en Hai; y Jesús se entregó completamente en Getsemaní.

Esto nos enseña que la posición del cuerpo no reemplaza la postura del corazón. La idea de que solo se ora “bien” de rodillas suele ser fruto de la costumbre o de la religiosidad, no de la revelación. Dios responde a la actitud interior, no a la forma exterior.

Para una intercesión eficaz es indispensable aprender a escuchar a Dios. No se puede pedir conforme a Su voluntad si no se conoce Su corazón. Jesús fue claro: ***“Mis ovejas oyen mi voz”*** (Juan 10:27). Sin embargo, debemos ser cuidadosos. Decir constantemente “Dios me habló” no es

evidencia de madurez espiritual. Dios no habla de manera trivial ni desordenada. Él es específico, concreto y oportuno. El uso liviano de esa frase ha causado a lo largo del tiempo confusión, divisiones, celos, orgullo espiritual y daños innecesarios.

Dios puede hablarnos de diversas maneras. Principalmente lo hace a través de Su Palabra escrita, la Biblia, que necesita ser leída con espíritu de revelación y no solo como información. También habla en el silencio, cuando aprendemos a callar y a esperar con paciencia. Esta forma de oración, muchas veces llamada contemplativa, no es mística ni extraña: es simplemente estar quietos delante de Dios.

En ocasiones excepcionales puede hablar audiblemente, pero esto no es lo habitual. Cuando lo hace, suele ser porque no hemos sabido oírlo en nuestro espíritu. Dios no busca impresionar, busca ser obedecido.

También puede hablarnos en el “teatro de la mente”, con pensamientos claros y sencillos que traen convicción, nunca confusión. Puede hacerlo por sueños, aunque aquí es necesario mucho discernimiento. No todo sueño espiritual es de Dios. Muchas veces nuestra mente procesa durante la noche lo que vivimos durante el día. Cuando Dios habla por sueños, lo hace con claridad, sin necesidad de interpretaciones rebuscadas ni de expertos que descifren símbolos.

Lo mismo ocurre con las visiones. Si una visión es de Dios, será clara, edificante y traerá paz, no trauma ni temor. Pero la forma más constante y segura en que Dios nos habla es en nuestro espíritu, en la voz interior guiada por el Espíritu Santo, tal como lo enseña Jesús en **Juan 16:13**.

Dios también suele hablarnos en medio de la adoración, cuando nuestro corazón se alinea y se vuelve sensible. Sin embargo, hay principios que nunca debemos olvidar: Dios no habla de más, no habla sin propósito y nunca se contradice a Sí mismo. Toda impresión espiritual debe ser evaluada a la luz de la Palabra escrita.

Para evitar errores en la intercesión es necesario aprender a callar más de lo que hablamos, someter nuestra voluntad al Espíritu Santo y dejar de lado, por un momento, nuestros propios problemas. No debemos discutir con la mente ni adelantarnos a los tiempos de Dios. Tampoco atrasarnos por temor. La intercesión madura sabe esperar.

Debemos ser personas confiables espiritualmente, cuidadosas con lo que decimos y responsables con lo que recibimos. Nunca debemos ponerle plazos a Dios, salvo que Él mismo los establezca. Todo lo recibido debe ser confirmado por la Palabra, sin sacarla de contexto, y jamás usado para juzgar o manipular a otros. Las imágenes, palabras o impresiones que traen miedo o confusión no provienen de Dios.

Finalmente, es importante entender por qué algunas oraciones no son contestadas. La Escritura es clara: la falta de comunión, el no orar al Padre en el nombre de Jesucristo, los motivos equivocados, la incredulidad, la falta de perdón, la desobediencia, el pecado no confesado, la indiferencia espiritual y la falta de misericordia son obstáculos reales.

También lo son la falta de acuerdo entre los que oran, el menosprecio del cuerpo, la imprudencia verbal contra los ungidos de Dios y una vida que no es examinada delante del Señor.

La intercesión verdadera no es complicada, pero sí exige honestidad, alineación y madurez. No se aprende en un día, pero se cultiva toda la vida. No depende de técnicas, sino de comunión. Y no busca protagonismo, sino cumplimiento del propósito eterno de Dios.



Capítulo catorce

INTERCESIÓN VERDADERA ES VIDA VERDADERA

Para concluir este libro es necesario afirmar una verdad fundamental: la intercesión verdadera no puede separarse de la vida verdadera. Hemos visto a lo largo de estas páginas que el único intercesor perfecto es Jesucristo, y que nosotros, por la gracia que nos permite vivir en Él, podemos ejercer intercesión en Su Nombre, el Nombre que es sobre todo nombre. Esa gracia nos redime, nos justifica y nos santifica en Su persona. Sin embargo, la manera en que valoramos la cruz se manifiesta inevitablemente en nuestro modo de vivir delante de Dios.

La intercesión no es solo algo que hacemos; es algo que somos. No nace de palabras correctas, sino de un corazón transformado. Jesús lo dejó en claro cuando enseñó que el árbol se conoce por su fruto, y que de la abundancia del corazón habla la boca (**Lucas 6:43 al 45**). Una intercesión poderosa no puede brotar de una vida descuidada, así como un buen fruto no puede nacer de un árbol enfermo.

El primer fundamento de una intercesión verdadera es un corazón limpio y sano. El intercesor que cuida su corazón puede ver a Dios y discernir Su voz con claridad.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8).

Al acercarnos al Señor, Él no observa nuestra apariencia, nuestra posición ni nuestra elocuencia. Dios mira el corazón, porque allí habita Su Hijo. Cuando Cristo gobierna el corazón, el Padre ve al Hijo y responde. Pero cuando el corazón está contaminado, la intercesión pierde fuerza y se debilita.

La Escritura es consistente en este principio. Jehová mira el corazón y escudriña los pensamientos (**1 Samuel 16:7; 1 Crónicas 28:9**). Sus ojos recorren la tierra buscando a aquellos cuyo corazón es perfecto para con Él, para mostrar Su poder a su favor (**2 Crónicas 16:9**). El corazón es la fuente de las emociones, de las actitudes y de las decisiones. Por eso David oraba: ***“Escudríñame, oh Jehová, y pruébame” (Salmos 26:2 y 3).***

Un corazón sano no es un corazón que nunca fue herido, sino uno que fue sanado. Debemos guardar el corazón con diligencia, porque de él mana la vida (**Proverbios 4:23**). Esto implica permitir que Dios sane las heridas del pasado, romper ataduras sentimentales dañinas y rendir continuamente el corazón al Señor. ***“Dame, hijo mío, tu corazón”***, dice el Padre (**Proverbios 23:26**). Sin corazón rendido no hay intercesión sostenida.

El segundo aspecto esencial es tener manos limpias. La Escritura afirma que ***“el limpio de manos aumentará la***

fuerza” (Job 17:9). Las manos hablan de nuestras acciones, de la manera en que vivimos, de cómo tratamos a otros y de cómo administramos lo que Dios nos confía. Un intercesor que vive en doble estándar pierde autoridad espiritual. La fuerza en la intercesión no proviene del volumen de la oración, sino de la coherencia de la vida.

El tercer elemento es vivir permanentemente en la luz. Dios es luz, y no hay tinieblas en Él (**1 Juan 1:5**). Todo lo que descende de Él es bueno, limpio y perfecto (**Santiago 1:17**). No se puede interceder eficazmente mientras se toleran tinieblas en áreas ocultas del corazón. La falta de amor, el rencor o el odio colocan al creyente fuera de la luz, aunque confiese estar en ella (**1 Juan 2:9**).

Vivir en la luz es vivir con el corazón expuesto delante de Dios, sin máscaras ni reservas. Cuando Jehová es nuestra luz y salvación, el temor pierde poder (**Salmos 27:1**). La intercesión florece en una vida transparente, no en una vida perfecta, sino en una vida rendida.

El cuarto pilar de la intercesión verdadera es el amor. El amor no es un complemento; es un arma espiritual poderosa. **“Fuerte es como la muerte el amor” (Cantares 8:6).** Toda la obra redentora nace del amor del Padre, que entregó a Su Hijo para darnos vida eterna (**Juan 3:16**). La intercesión sin amor se convierte en legalismo, dureza o simple activismo religioso.

El apóstol Pedro declara que el amor cubre multitud de pecados (**1 Pedro 4:8**), y Pablo enseña que el propósito del mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, buena conciencia y fe no fingida (**1 Timoteo 1:5**). El intercesor que ama persevera, espera y no se cansa. Intercede no por obligación, sino por compasión.

Finalmente, la Escritura nos presenta una imagen poderosa: los guardas sobre los muros de Jerusalén que no callan día ni noche, y que no le dan tregua a Dios hasta que Él cumpla Su propósito (**Isaías 62:6 y 7**). Estos intercesores no actúan desde la ansiedad, sino desde la alianza. No buscan imponer su voluntad, sino recordar delante de Dios lo que Él mismo prometió.

Intercesión verdadera es vida verdadera. Es corazón limpio, manos limpias y caminar en la luz. Es amor que persevera y fe que no se apaga. Es una vida rendida que habla aun cuando guarda silencio.

Quien vive así no necesita forzar la oración. La intercesión fluye como la vida misma, porque nace de una comunión real con Dios. Y allí, en esa vida sencilla, santa y entregada, el cielo escucha... y la tierra es transformada.



Palabras finales

UN LLAMADO AL INTERCESOR QUE DESPIERTA

Este libro no fue escrito para producir técnicas de oración, ni para sumar actividades espirituales a la agenda de la Iglesia. Tampoco fue escrito para formar personas elocuentes delante de Dios, sino vidas responsables delante del cielo.

La intercesión verdadera no comienza cuando abrimos la boca, sino cuando rendimos la vida. No se sostiene por la intensidad de nuestras palabras, sino por la alineación de nuestro corazón. No se valida por lo que sentimos al orar, sino por cómo vivimos cuando dejamos de orar.

Hemos aprendido que el único intercesor perfecto es Jesucristo, y que toda intercesión genuina fluye únicamente desde estar en Él. Por lo tanto, la pregunta final no es si sabemos interceder, sino si vivimos escondidos en Cristo, honrando Su cruz, Su justicia y Su propósito eterno.

La intercesión no es un escape espiritual para evitar la responsabilidad, sino todo lo contrario: es la más alta forma de compromiso con la voluntad de Dios.

Interceder no es pedir que Dios respalde nuestros planes, sino disponernos a que nuestros planes mueran para que Su Reino se manifieste. Interceder no es exigir respuestas, sino presentarse disponibles delante del Juez justo. Interceder no es levantar la voz, sino sostener una vida que tenga peso espiritual.

Muchos desean autoridad en la oración, pero pocos están dispuestos a vivir bajo autoridad. Muchos desean respuestas del cielo, pero no todos aceptan el trato de Dios en el corazón. Muchos quieren intervenir en lo espiritual, pero no todos quieren rendirse en lo personal.

La intercesión verdadera nace en el silencio, se afirma en la obediencia, se expresa en la oración y se confirma en el fruto de una vida transformada. Por eso, este libro no termina con una fórmula, sino con una invitación. Una invitación a volver al altar. A examinar el corazón. A recuperar el temor de Dios. A dejar de interceder desde el ego espiritual y comenzar a hacerlo desde la cruz.

Porque la cruz no fue solo el lugar donde Cristo intercedió por nosotros, fue también el lugar donde nuestro viejo hombre debía morir.

Si nuestra vida no honra la cruz, nuestra intercesión pierde autoridad. Si nuestra vida no refleja el carácter de Cristo, nuestras palabras se vacían. Pero cuando vivimos en la luz, con manos limpias y corazón rendido, entonces nuestra intercesión se vuelve vida, y nuestra vida se vuelve intercesión.

Que el Espíritu Santo nos forme como un pueblo de sacerdotes y gente santa, no para hablar mucho delante de Dios, sino para vivir de tal manera que el cielo pueda confiar en nosotros.

Porque la intercesión verdadera no es solo un acto espiritual. Es una manera de vivir delante del Padre. Y allí, en esa vida rendida, el Reino de Dios encuentra espacio para manifestarse.



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

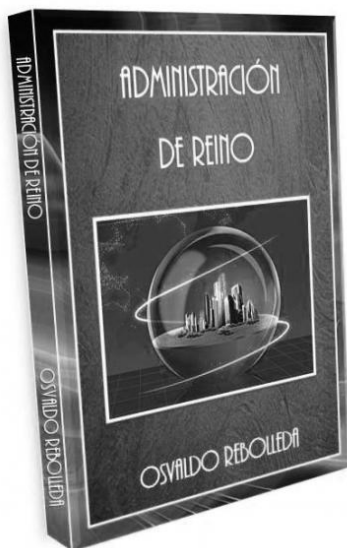
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

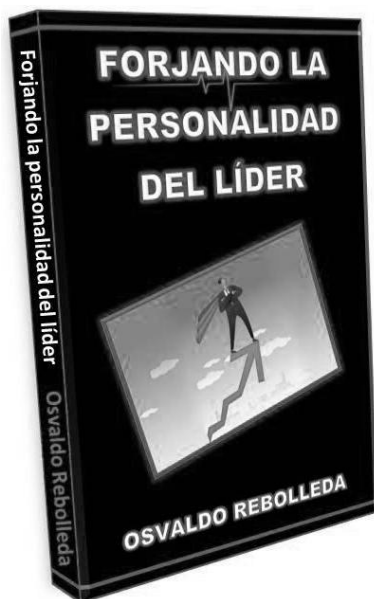
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

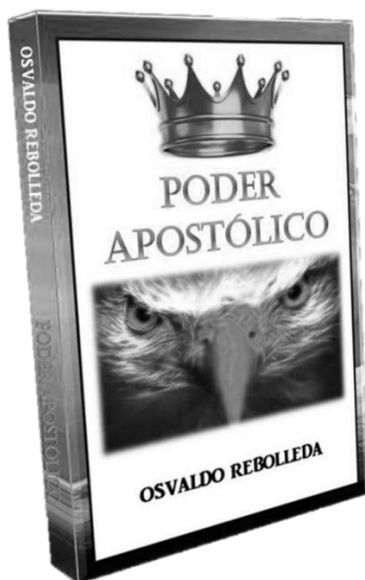
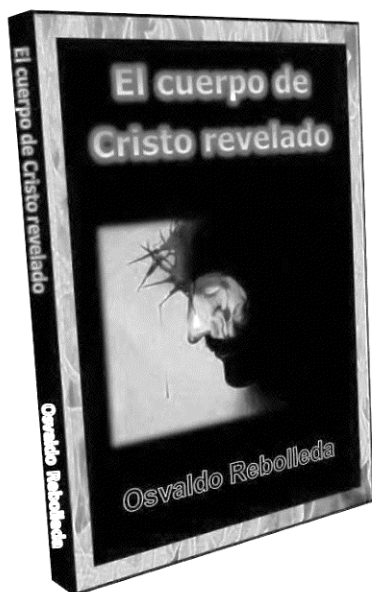
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

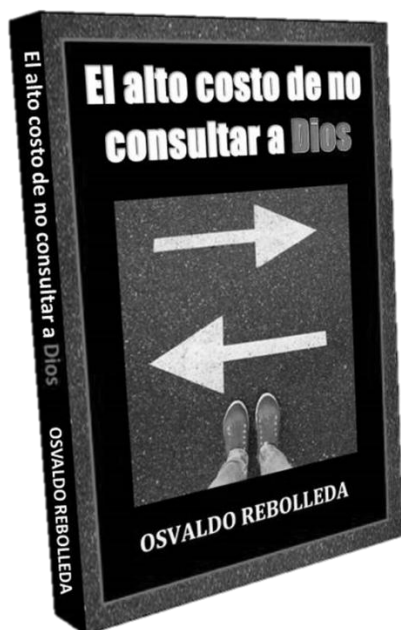


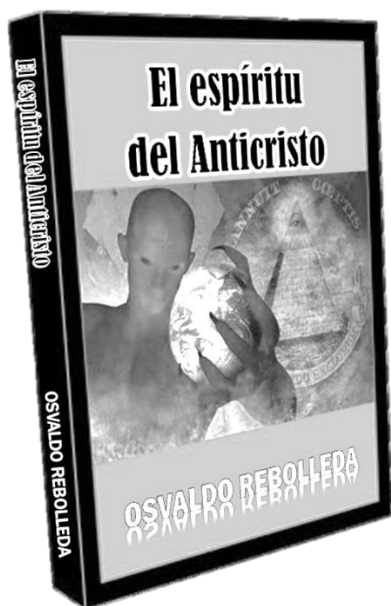
www.osvaldorebolleda.com



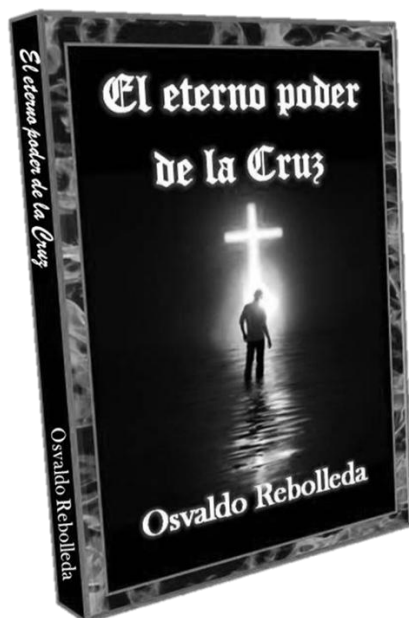
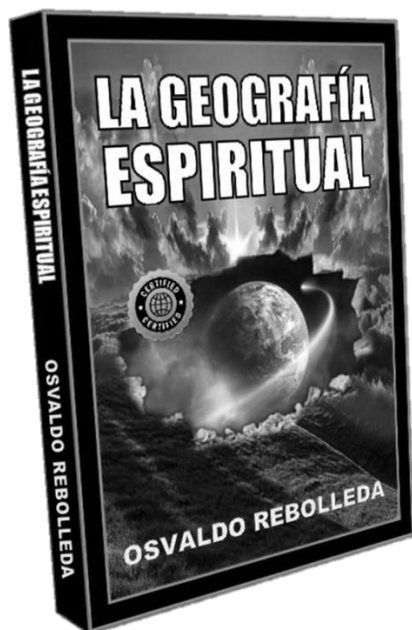


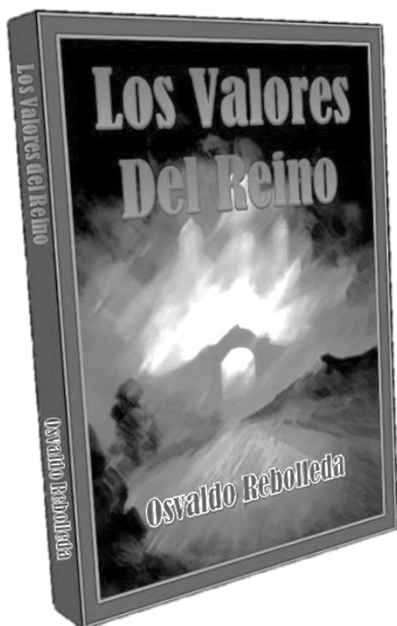
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

